

Transgresiones de la sensibilidad

Este sí recoleto y alfombrado



merced a la buena industria y las muy hábiles negociaciones llevadas a cabo por un cuñado de Teresita Ledesma — casado



con su hermana mayor aunque profundamente enamorado de Amanda, la más pequeña de las Cuervo¹ — que, muy bien relacionado con los más altos dignatarios de la ciudad gracias al prestigio que él solito, con su exclusivo esfuerzo y laboriosidad supo poco a poco ir labrándose

empezando — *porque*, decía comprensiva y muy cargada de razón su abuela, *por algo se empieza y luego se llega donde se llega* —, adolescente apenas, por hurtar barras de carmín y colorete a su madre y hermanas y, a eso ya de los veinte, **robando horas al sueño** para, bien temprano, antes de entrar a las nueve en punto en la barbería donde ejercía de aprendiz porque, y en eso tenía mucha razón la abuela, por algo se empieza, no correr sino — pertrechado de los útiles de maquillaje que se compraba con sus propios aunque todavía exiguos ingresos — no correr sino volar rastreando, impaciente y con el corazón palpitante de emoción todos los hospitales de la ciudad para llegar, a la larga porque lo uno lleva a lo otro y todo cuanto tenga que ver con la belleza, argüía Teresita entendiendo que con los cuñados mejor llevarse bien con vistas a las cenas de Navidad, alguna relación

¹ Pero esta es una historia de amor un tanto turbia en la que Consola — Consolita entre quienes la conocieron siendo niña — cree a regañadientes conociendo, como conoció, al tal cuñado cuando adolescente apenas prodigaba sus requiebros a Carmelo, el del dentista.

Transgresiones de la sensibilidad

Este sí recoleto y alfombrado

tendrá, con los paisajistas más afamados de la, no ya tan pequeña con el paso del tiempo pero siempre sí muy nuestra, comunidad.

